

Lautaro Yankas

Literatura chilena de contenido social



INTENTAMOS destacar una literatura chilena de sentido social. Desde que, hace tantos años, iniciáramos la lectura del libro autóctono, nos cosquilleaba el especial interés hacia aquéllos que sosteniendo gallardamente la ficción—novela, cuento—no sólo reflejaban las inquietudes, todavía obscuras, de la época, sino que, en aquellas alternativas básicas, asumían una actitud crítica frente a los hechos, a los hombres o a la vida en general. Advertíamos ya cierta línea preciosa por su alcance, en el libro de ficción. Pero esta curiosidad que constantemente pugnaba en nosotros, había de ceder frente a la postura, rígida e intolerante, de la crítica de entonces. Tal postura no ha cambiado. En estos días en que la literatura conquista ángulos vitales insospechados, la crítica, obstinada y retardataria, continúa exaltando el libro decantado, puro de toda pureza, con olvido resuelto de lo que no se acomoda con sus dictados. No a otra causa se debe el que libros de

extraordinario espíritu estén todavía perdidos en los desvanes de nuestra historia literaria y que nadie entre los estudiosos haya querido destacarlos en su contenido ideológico y en su vibración universal. Se continúa pensando que es de mal gusto darse por advertido del pulso revolucionario, de la intención social, o del contenido multitudinario del libro de ficción. Postura de damisela ante el espejo. Y la sugestión personal del autor o el perfume rancio del libro, han atizado la propaganda y hasta los premios literarios. Mientras tanto, el mundo no ha permanecido anegado en esta egolatría, se ha desgarrado, ha vertido mucha sangre, y camina sobre huellas candentes. Quien no sea indiferente a la atmósfera de nuestro tiempo—basta para ello una sensibilidad en marcha—habrá de valorizar la literatura del pasado que apuntó su sentido, en un esfuerzo iluminador de aquella época incierta y forcejeante.

Este fulgor del espíritu inquieto apunta por primera vez en el romanticismo cálido y denso de Blest Gana. Naturalmente, el individualismo verboso que se encendía en aquella escuela literaria, cuya combustión sacudía ya a la Europa, reducía al escritor el espacio vivo de lo humano, y la imaginación y el sentimiento se movían entre las barreras impuestas por el conflicto central del libro y sus planos accesorios. Semejante individualismo, tan cómodo a los fines propios de la ficción literaria, mantuvo a través del tiempo,

desde el Cid acá, su realeza, su fuerza de imperativo dentro de la estructura novelesca. Y aun hoy, en libros de sentido mayoritario o de masas, no falta el personaje que reúne la sensibilidad y el carácter de la multitud anónima.

Tanto como la influencia francesa, movió el espíritu agudo de Alberto Blest Gana, la beligerancia, reavivada entonces, entre los principios y la brutalidad de los hechos, y por ende la resistencia a un realismo que amenazaba destruirlo todo por la absoluta falta de equilibrio entre lo uno y lo otro. Un espíritu nutrido en los principios de la Revolución mantenía el cordaje templado por alientos liberadores, pero frente a la sorda existencia del nativo y del criollo, los arresos vacilaban y se escurrían en los planos de una conciencia especulativa. Sin embargo, el liberalismo penetraba con su oculto aroma el ambiente americano y el libro, naturalmente, lo recogía. No otra cosa se advierte en los libros más representativos de Blest Gana: «Martín Rivas» y «Los Transplantados». El héroe del primero, humilde estudiante venido desde el fondo de la provincia nortina, asume la beligerancia del alma nueva identificada en una clase social todavía burda, pero cuyo temple, forjado en la honestidad del trabajo, puede medirse con el de la casta gobernante, la vieja y tenaz oligarquía de los encomenderos de Valdivia tan bien plasmada en la figura ambigua de don Dámaso Encina. Esta lucha, tranquila y noble, aun-

que dramática siempre, está realzada por la versión del ambiente aristocrático con sus herederos ociosos y afe-minados, ignorantes y fatuos, y del subambiente vasallo, abyecto y corrompido. El caldeado clima político de la época se respira sin alardes, en el conato de Urriola, que Blest recoge con gran sentido humano. Sin embargo, donde la crítica social se vigoriza al través de la mejor pasta literaria, es en «Los Transplantados». Conocedor del horizonte mental de las familias criollas, tiene la ocurrencia genial de arrancarlas del suelo chileno, acogedor y pródigo, para sumergirlas por muchos años en la atmósfera enervante de París. Esta nueva especie, desarraigada aquí y allá, indefinida, turbia, ignorante y envanecida, engañada y febril, la especie «rastacuero» cuyo rebrote constituyó la epidemia de Europa en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, mereció la atención aguda de Blest Gana y la interpretó en «Los Transplantados», en los rasgos téticos de la familia Canalejas, gente corrompida, hambrienta de títulos arruinados, de roce mundano y de placer. Siendo una excelente novela, abundosa como toda realización de género romántico—¡padre Hugo!—, vale como documento extraordinario logrado por un espíritu entero, agudísimo y por una sensibilidad profundamente sana.

La escaramuza social alcanza rasgos sostenidos en «Pipiolos y pelucos», la novela histórica de D. Barros Grez, vibrante versión de la pugna entre la casta colonial y la generación liberal, que sin mayor expe-

riencia, aunque con un fuerte bagaje de buenos propósitos y de justas ambiciones, le disputaba la dirección política y el predominio espiritual del país, Sus páginas, cálidas, apasionadas, dan paso, a menudo, a la irrupción de lo superfluo y declamatorio, defecto muy común en la novela de entonces.

Luis Orrego Luco, plasmando una cultura útil sobre la medida y el equilibrio de quien todo lo ha visto y desmenuzado, recoge las imágenes de su tiempo en «Casa Grande», y sobre todo en «La Tempestad». Sus observaciones, objetivas y rápidas, nos explican el desasosiego de un pueblo que aun no encontraba su camino, que por un lado defendía palmo a palmo los fueros de la tradición y de los privilegios que la valorizan y afirman, y por el otro buscaba la satisfacción de las universales aspiraciones, espirituales y materiales, que se vislumbran en las tiradas altisonantes de su Constitución avanzada. En «Casa Grande» (1908), capta el conflicto que el espíritu liberal sostenía con la tradición de entonces, que es más o menos, la tradición de hoy: la desinteligencia conyugal y el derecho a la liberación de las personas aherrojadas por una ley, absurda y monstruosa. Pero al mismo tiempo que el espíritu crítico exalta estos aspectos de una época contradictoria y obscura, el ambiente es removido en sus estratos superiores con un conocimiento de su naturaleza íntima, sus hábitos y extravagancias, que hacen de la novela una obra documental y de contenido histórico. Los patriarcas y grandes personeros pues-

tos en la pica de la ironía por Blest Gana, vuelven a escena en Orrego Luco con los nombres de don Leonidas Sandoval y Guzmán y don Jacinto Peñalver «el Señor Peñalver», que sabía, si era necesario, definirse sin sonrojo: «Yo realizo el ideal de la economía política, vivo lo mejor posible y con el mínimo esfuerzo... vivo sobre el país».

Esta actitud, ante la rigidez mental y moral de la época, se hace casi una saludable tradición dentro del clima sensibilizado y alerta de la ficción literaria. El escritor, colocado por su condición de trabajador frente a una casta devota de sus privilegios y de su misión divina sobre una tierra esclava, no necesitaba forzar su pupila para fijar todo el cortejo de injusticias, de soberbia, corrupción y estupidez de que hacía gala, y para advertir como buscaba entre la generación de profesionales e intelectuales que se erguía digna y temible, a quienes pudiera servirla dócilmente.

Rafael Maluenda forma en esta tradición crítica a través de su novela corta «La Pachacha» (1915), de sus narraciones de «Venidos a menos». Su actitud, receptiva, llega a definirse en la plástica y jocosa figura de la gallina pachacha, plebeya, metida en el gallinero aristocrático que la aísla y desprecia. Las tres narraciones de «Venidos a menos» subrayan esta actitud pasiva del escritor que recoge el ambiente y sus tipos—familias arruinadas, grupos vencidos—, y les da una versión puramente literaria. En el volumen «Los Ciegos», anterior a los anotados, intenta el relato de

bajo fondo en los dos primeros cuentos, aunque sin otro sentido que el del escritor curioso que toma el ambiente humilde para realizar un trabajo literario empleando los recursos de una escuela realista tocada con brochazos sentimentales. El humor y la ponderación, condiciones apreciables en la primera época del escritor, se han diluído con los años en una prosa de periódico, vasalla y reversible.

Situado en agudo ángulo visual, respirando aquella atmósfera agitada, de intereses en pugna, de contradicciones asombrosas entre el espíritu que voceaba sus conquistas y el hecho múltiple de la codicia del poder público y de la riqueza turbia, entre la figuración y la íntima vaciedad, Fernando Santiván exalta en «El Crisol», 1913, la voluntad del muchacho humilde que busca un futuro material y espiritualmente digno, frente a la glacial insolencia de la familia todopoderosa, que ignora la nobleza del esfuerzo personal. Se advierte, sin duda, en este punto de vista y aun en la línea del argumento, la influencia de Blest Gana, que, como es sabido, señoreó durante media centuria, en nuestro medio intelectual. Por otra parte, existieron aportes extraños que hallaron en los grupos avanzados el eco propicio a la renovación, en la línea de las afirmaciones revolucionarias y justicieras: la influencia de algunos escritores rusos, cuya lectura en Chile, abría un mundo de sugerencias y de posibilidades casi mesiánicas en el espíritu de aquella generación, ya excesivamente caldeada. La realidad de aquella «colonia

tolstoyana», donde algunos hombres buscaron la satisfacción de la doctrina de la renunciación y de la sublimación de que hiciera alarde el Conde, debió alterar, encauzar, afirmar un sentido nuevo en la creación literaria. «El Crisol» y su continuación, «Robles Blume y Cía.», 1923, responden a este horizonte disparado hacia los confines del espíritu. El triunfo personal de Bernabé Robles en su empresa industrial y la cesión de sus ahorros y de sus derechos en beneficio social—perdurable—de sus obreros, resume el tenor de esta actitud del escritor ante su época. Por primera vez aparece en la ficción literaria el problema obrero en su aspecto real, de voluntad justiciera y de beligerancia. Se insinúa aquí y allá el dramatismo de la lucha social con sus fuerzas polarizadas. Naturalmente, «Robles Blume y Cía.», fué silenciado en el comentario periodístico. El ambiente proletario, simbolizado entonces en el conventillo y en la ramada, no podía ser tratado sino como elemento pintoresco desde que prevalecía el concepto del destino negativo y sórdido de la clase obrera. La línea social de Santiván acaba en esos dos libros.

En sus libros mejores concebidos, a excepción de «El Roto», J. Edwards Bello proyecta su espíritu agudo y mordaz sobre la medianía social presuntuosa y sobre esa «aristocracia» criolla, ya vapuleada gozosamente por Blest Gana, Orrego Luco y Zenén Palacios (1). El rastacuerismo trashumante, la soberbia

(1) «Hogar Chileno», novela 1910.

de una raigambre y una línea geneológica que nunca existieron, la desnudez de la ignorancia o la rapiña, la dramática sujeción al medio, hacen el caudal anecdótico y general el dramatismo a veces folletinesco de «Chilenos en París», «Cap Polonio» y «La Chica del Crillón». La segunda de estas novelas merece nuestra atención por la sobria estructura, el extraordinario relieve de los tipos y la fluidez de la prosa, que el humor enciende a menudo. Sin embargo, es «El Roto» el libro que ha dado nombradía al autor porque en él trató de captar e iluminar el tipo central de nuestro pueblo. El escritor, colocado en un medio burgués, o bohemio burgués, después de haber escrito algunos volúmenes de prosa colorista y suelta que el público leyera con interés, descendía, al arrabal siniestro donde la prostitución y el raterío echaron viejas raíces. Naturalmente, para el ojo extraño, la visión pringosa del suburbio clandestino, con sus hábitos repugnantes, sus rencores, sus traiciones, sus violencias, se hermana en la pesadilla. No hay allí una luz, una vaga esperanza y la inocencia que puede brotar por milagro, es aplastada por la bestia, que todo lo corrompe y destruye. Esto es «El Roto», plasmado en la figura fatalizada de Esmeraldo y en los escorzos de Fernando, el gartero, de Violeta la niña ultrajada por una cuadrilla de rufianes... La impresión que deja el libro es negra, amarga, desoladora. El pueblo está allí vencido, viciado, enfermo, degenerado de fuera hacia dentro. Ni siquiera hay allí una frase de piedad. Pero al

par que al ambiente popular, asoman la corrupción y la bajéza de los magnates de la política y de los esbirros del orden y hay frases fulminantes contra el abandono en que se tiene al humilde. «Esta ignominiosa faz de la vida chilena, la alta sociedad parece ignorarla; se desentiende de ese infierno vivo a su espalda por un falso sentimiento de pudor. ¡Ay de aquél que se atreve a tocar esa llaga! Los sentimientos de piedad y nobleza de la aristocracia están a salvo con las Kermeses, los bailes de fantasía y las pomposas ereches, finas fiestas sociales que organizan opulentas damas cuyos maridos son casi sin darse cuenta propietarios de conventillos, cantinas y prostíbulos». Un libro hecho con luz turbia, enfangada, que deja una charca en el alma, un libro negativo, porque aparte las frases de condenación, no alientan sus páginas la esperanza dignificadora, y menos aún, una voluntad de liberación. Un libro abrumador, donde el roto casi no aparece, desde que sólo actúa el producto del prostíbulo y del chinchel, el roto clandestino, el delincuente con todas las adherencias que lo hacen un ex hombre. Un escritor de clase media no puede, sin yerros, dar una versión de nuestro pueblo. Para lograrlo, deberá convivir a menudo con el pueblo e identificarse en su existencia. Todo lo demás es literatura impresionista.

Víctor D. Silva indudablemente, se acerca más al roto en «Palomilla Brava», 1923, novela de conventillo y vagabundaje. El protagonista, Papelucho, un muchacho nacido de mujer sufrida y afanosa y de

obrero borracho y haragán, crece en los azares de la miseria y de la brutalidad del hogar, aguachado en la confianza de los vecinos compasivos. Un día la desesperación lo empuja hacia el mar y se embarca, animado por el ejemplo del «chilote», un amigo adulto, fogonero de la Esmeralda, roto sano y como tal valiente, siempre dispuesto a grandes cosas. Papelucho crece así, en pugna con el pasado y el presente, y se hace hombre de provecho sin otra ayuda que su temple y las coyunturas del azar. Diríase que la anchá atmósfera del mar entra en el conventillo del cerro y alienta la fuerza contenida de Papelucho, que lo alza sobre su bajo destino. Ancho horizonte se respira en esta novela, saludable y recia, a veces recargada y verbosa. «El Cachorro», 1937, novela que completa la trayectoria de Papelucho, interpreta al hombre de acción, al luchador de cepa, con sus alternativas y sus debilidades. Hay exhuberancia verbal y sentimentalismo, lo que resta macicez a la estructura del libro, inferior sin duda a «Palomilla Brava».

El conventillo de Alberto Romero es intrascendente, suave y romántico. «La viuda del conventillo» recoge el trajín del suburbio y las preocupaciones de una pobre mujer, para quien el destino no muestra muchas complacencias.

Así, el conventillo de González Vera «En Vidas Mínimas». Observación atenta, nítida, del pequeño mundo que se vierte manso y monótono, en el patio cruzado por los alambres de colgar ropa; y el entredi-

cho sentimental, cuando la mujer atraviesa en la vida de un hombre sencillo y huraño. Todo al través de un estilo cuidado, fino y un poco gris. Pese al tema dominante, «*Vidas Mínimas*» es la obra de un estilista. El ojo del escritor capta el panorama de la vida humilde, lo acomoda a su gusto, diluyendo la tragedia.

* * *

He ahí pues, el libro que incursiona en el plano más alto de la jerarquía social chilena, para combatirla por proceso de autopsia y disección y luego el libro de ambiente plebeyo, aunque de intención puramente literaria. En ningún momento estos escritores clavarón el hurgón en la entraña del suburbio, y fueron a escuchar su intimidad tremenda y blasfemante. Los románticos como Blest Gana rozaron al roto pintoresco, sin reparar en su conciencia, entonces dormida, yacente o envilecida. Edwards Bello, extremó el fervor naturalista, prefiriendo el lenocinio a la masa esforzada. Los otros, que pudieron haber humanizado su obra, prefirieron la simple emoción estética. Sólo Baldomero Lillo, siendo un espíritu burgués como los otros, se perfila en las primeras décadas de este siglo como el escritor del pueblo. No vivió en conventillos, pero su enorme conciencia le hizo aproximarse al hombre, cualquiera que fuese. Identificó al roto en sus cuentos, con la necesaria integridad: sencillez, ocurrencia, filosófica amargura, conciencia. Empleado en la pulpería de una

mina de carbón, vivió con los obreros y los infundió en su espíritu. Débil, nervioso, enfermizo, comulgó con el proletario mordido por el sufrimiento sin atenuantes. Sus cuadros mineros no son cuadros pintorescos o poéticos, arreglos de encargo para el turista. Son trozos candentes de una vida infernal que el hombre soporta porque es inmensamente bueno y desgraciado. Los años lo han vencido, pero el genio del escritor opone con tal dramatismo la realidad material de la mina a la fatalidad del trabajador, que salta en cada página el latigazo de la sangre sublevada, el puñetazo de la conciencia en actitud de rechazo. «Sub Terra» es un libro sombrío como las galerías de la mina; en su texto acechan lámparas amarillentas, gas grisú y desesperación. Lillo vió cómo los obreros eran explotados sin compasión, manejados por capataces sin entrañas, para que la riqueza obtenida con su esclavitud fuese derrochada en la capital por la familia de los propietarios. Vió todo esto y antes que la piedad, experimentó aquel sentimiento que rompe todas las barreras erigidas por el egoísmo: el imperativo de la justicia, la necesidad de una vida digna. Tan es así que al tener conocimiento de la salvaje matanza de obreros del salitre en Iquique (1907), quiere documentarse en el terreno de los hechos con el ánimo de escribir un libro vindicador, una novela social de plena beligerancia. Quizás, para lograrlo, sólo hubiese tenido que componer su libro con el hecho vivo. Se denominaría «La Huelga». Alcanzó a escribir el primer capítulo. La prosa recia,

certera, ágil, traspira un calor humano, removedor, que hace de Baldomero Lillo el más completo de nuestros escritores.

Sobre el trampolín de estos últimos años, Lillo se continúa en una columna de escritores que se llaman proletarios, por su extracción plebeya o por conciencia. Nos interesa el sentido social, la postura crítica, el clima agitado o agobiador de esta nueva literatura que siguiendo la línea de «Sub Terra», fija su mirada en el estrato social olvidado hasta 1907, en la masa del pueblo trabajador y ocioso, honrado y delincuente, noble e innoble, en el hombre tarado por la dureza y la crueldad del medio que debiera pertenecerle en la proporción debida. Este es el héroe, el punto de atracción, el motivo unísono o disperso en el espacio mágico multidimensional del libro. A la literatura de la media centuria pasada, en que el calor de la lucha política y militar destacó dos carteles despectivos—pipiolos, pelucones—sucede, andando el novecientos, el libro de clima social absoluto, desde que la conciencia pública de este tiempo gira en torno de la reivindicación económica por vía política—partidos de vigorosa doctrina integral y organizaciones de lucha económica. Hecho que la novela y el cuento registrarán desde el primer instante, con buena o mala fortuna, desde que en algunos casos los escritores olvidaron su misión de deleitar, de suscitar emoción calificada.

Natural parece, sin duda, el desvío del grupo tradicionalista y del público cómodo y aburrido por esta

literatura agrisada y turbia. Habitados al libro cordial, intrascendente, de contenido erótico o puramente subjetivo, de acuerdo con el precepto romántico o con las modalidades de la triunfante escuela psicológica, desplazaba y asqueaba el nuevo libro que erguía, con su presencia tosca y ceñuda de jornalero iluminado por dentro, un realismo simple y brutal, aunque honesto y profundo. Sin embargo, la novela y el cuento de este tiempo campean, sin duda, muy por encima de la tradición. El romanticismo burgués—dios unicornio que creó el yo y su fuego fatuo, la piedad—se manifestó en Chile en su literatura dorada, si bien el pulso recio de una nación que se forma prestó al libro aliento de batalla. Aquel clima del ego expansivo hoy ha dado lugar al predominio del espacio sobre el agujero, de la luz sideral sobre el candil. A la piedad y al humanitarismo—palabras que certifican una pálida transición—sucede en la vida y en el libro de hoy el sentido humano, la conciencia erguida y por ende la dignidad de la vida. El escritor se adentra en el hombre que sufre la iniquidad colectiva—hambre, violencia, enfermedades—y crea emoción estética al par que emoción activa.

El libro se plasma sobre esta humanidad y olvida con sarcasmo el rígido canon, el andamio elegante, porque el drama está en todas partes y grita o ruge por doquiera, se convulsiona, se contrae y reptar, como que es la vida y no una fachada inmóvil o una vida en el escaparate normativo y seductor.

He ahí, en este tiempo, a Eugenio González. La alternativa política lo lleva al confinamiento y un buen día se encuentra viviendo con maleantes y degenerados que la policía arrojó en el islote de Más Afuera. Con este nombre reúne en 1930 sus impresiones del presidio y con ella logra para nuestra literatura viva un documento desgarrador. Nada falta en la novela que no cumpla con el mandato estético más simple. Cuanto a lo humano, la emoción toca los dominios de la pesadilla. Libro directo de mucha hombría, que en esta tierra no hay costumbre de leer. Es el libro de la masa de ex hombres que pulula, abandonada, en Chile, y es el cuadro de todos los penales de nuestro país. En 1937 nos da otro libro, «Hombres», de sentido social desembozado. El material humano que emplea—obrerros, agitadores, agentes confidenciales y mujeres vencidas—y aquella luz turbia que impregna los momentos, dan a la novela cenagosa densidad. Recoge el calor de las primeras luchas obreras, el heroísmo la ingenuidad y la torpeza de los hombres. Termina la novela con el fracaso de la huelga, la prisión de algunos, la fuga del traidor y la amarga desesperanza de los más. Amargura que parece compartir el autor y que lleva a los protagonistas a la revisión, un poco displicente, de sus sueños de justicia.

Luego aparece Carlos Sepúlveda Leyton, altivo y burlón, respondiendo al asedio feroz del ambiente severo y pacato, con la filosofía dispersa, escurridiza, de un fatalismo jovial y demoledor. Su novela «Hijunas»

—1934— lo diseña como escritor de ancha base y de profusa sensibilidad. El humor criollo, ahondado, surge desde las primeras páginas: «Mi buena madre, la señora Rosario, pegaba fuerté; pero lo hacía con tan hondo convencimiento que el hacer otra cosa habría sido negarse a sí misma». El hijo del pueblo. Hijuna, crece recogiendo la bravura, la tristeza y la alegría turbia del conventillo, junto al Nato, el quiltro amigo y hermano que comparte las palizas. El granuja apoya sus pies descalzos en el cuarto estrecho para tomar impulso y alcanzar el horizonte en sus diarias correrías, y el cielo mismo con sus volantines. Hermosa y ardiente vida si no existiera la angustia del conventillo y los azotes. Hasta que el destino empuja al muchacho hacia la ternura de Lucy, la linda muchachita, limpia y cuidada «como una cucharilla de plaqué». Hijuna acaba en postulante de la Escuela Normal, empaquetado y circunspecto. El segundo libro de Sepúlveda, «La Fábrica», capta la existencia rígida, formalista y fría del normalista que al cabo de pocos años queda convertido en instrumento pedagógico, limitado y dogmático, espiritualmente estéril: un producto de la «fábrica». Su tercer libro, «Camarada», tiene mucho de caótico y febril, como si el autor hubiese querido, más que nada, remover el plasma de nuestra agitación social de los últimos años. Juan de Dios, el chiquillo de «Hijuna», campea aquí en su destino obscuro de disconforme y de revolucionario sin alardes. Las alternativas de una época arbitraria,

estúpida y triste, al través de un espíritu libre, voluntarioso y ocurrente. Novela del maestro perseguido, del subversivo sin táctica, del predestinado. ¿Un argumento? No sería fácil hallarlo en su línea clásica. Se proyecta el panorama del tiempo, hilvanado por un alma contradictoria sin amargura. Por sus líneas dispersas, sus irrupciones líricas, sus golpes de ambiente y su insumisión a una central anecdótica cualquiera, aparece el libro deshecho y nebuloso. Creemos que Sepúlveda no ha superado en «Camarada», la tonalidad y la estructura de «Hijuna».

Nicomedes Guzmán entra a paso seguro en nuestra literatura, con la publicación de su novela «Los hombres oscuros». Desde las primeras páginas nos confirma el tono abierto, rudo, de la versión íntima y externa. Novela de conventillo en la que el argumento se ramifica y extiende a cada asomo de aquellas vidas, tan diversas y correspondientes, que pululan en el patio cruzado por los alambres de la ropa. El sentimiento que une a los dos protagonistas iniciales, va paralelo al de los trabajadores que buscan un destino mejor y esta noble intimidad en la sórdida penumbra del conventillo, enciende un aliento extraordinario y da al libro intensidad poco común. Ya lo dijimos en otro artículo: «Guzmán nos da el conventillo humano e inhumano y lo blande como una conciencia armoniosa, proyectándonos su angustia y su esperanza».

Jacobo Danke logra en «La Estrella Roja» una novela poemática—el hombre, la esposa y la querida

—sobre un fondo de violenta política y de inquietudes sociales, que asoma, diluído, en los claros de la divagación y de las imágenes.

«Aguas estancadas», de J. Modesto Castro, se identifica en esta literatura social que en Chile está dando abundante cosecha, ¿Es una novela? ¿una versión anecdótica? Se puede definir este libro como un minucioso inventario de vidas, hecho pacientemente durante la permanencia de un hombre en una sala común de hospital. Hay de todo allí: realismo cruento, poesía, ensueño; dialéctica, filosofía. Las vidas se suceden, graban su ficha en la retina del observador y desaparecen, aproximadas, coincidentes. Esta semejanza angustiosa de destinos, que el escritor no se cuida de simplificar, de alterar, hace que el libro canse al lector más paciente. Extraordinariamente lento, monótono, sin otro interés que el que vierten las primeras veinte páginas, contenido de otras tantas vidas caídas sobre la sala común. Hay observaciones agudas, humor, sarcasmo.